

Si por vuestra culpa huyó.

—

—Señor, replican turbados,
A vuestra voz poderosa
Le buscamos desolados
Por la llanura espaciosa
Y quedamos asombrados:

—

Porque en la fértil orilla
Del manso Guadalquivir
Pálida sombra amarilla
Que en la oscura márgen brilla
Vinimos á descubrir.

—

Espesa niebla sombría
Sus facciones enlutaba
Y cuanto mas cerca estaba
Mas pronto desaparecía,
Y así tal vez nos burlaba.

—

Ya del río en la corriente
Intrépidos le estrechamos
Y el acero refulgente
A su pecho enderezamos
Con furia y saña inclemente.

—

Y vimos desaparecía
Por los aires presuroso
Y al vernose sonreía
Cual nube que el sol hermoso
Disipa al nacer el día.

—

El diablo sin duda fué
Quien tanto nos ha turbado,
Que en la corriente de pie,
Al verse cual él, á fé,
Que se lo hubiera tragado.

—

—Idos al punto, exclamó
Con acento receloso
Que el caso le estremeció
Y al momento se ocultó
En su estancia presuroso.

Continuará. Francisco Ledesma.

D. PEDRO DE PORTUGAL EL JUSTICIERO.

CAPITULO IX.

En la real cámara de Alfonso IV, lujosamente alhajada, mil brillantes luces semejabán la claridad del día, y lo mas escogido de la corte se hallaba reunido en ella. Todo yacía en quietud: los cortesanos guardaban un silencio tímido y servil, cual si algun grave suceso les intimidase, pero quedaron asombrados al ver que Moraes el mayordomo mayor.

—¡Vive Dios! exclamó con acento enérgico. ¡Que entre toda la nobleza de Portugal no haya uno que se atreva á recordar al rey sus deberes! Mientras los moros talan con inaudita crueldad nuestras fortalezas, y el pueblo vejado y oprimido es víctima de la inmovilidad y vergonzosa apatía de sus mandatarios, el rey de Portugal, se solaza y se divierte en frívolas partidas de caza. Su insensato hijo, olvidando los deberes de su estado se entrega á livianos amores con esa estrangera que para nuestro mal abortó sin duda el abismo. Es necesario, que esto tenga fin.

—Y lo tendrá; respondieron todos á una voz.

—A estas horas, continuó el mayordomo, aun no ha vuelto de la cacería que hace una semana emprendió, y esta misma noche, como leales súbditos, pero con energía y resolución le haremos comprender sus deberes.

—Es necesario que de una vez sepa ser rey; que con mano fuerte separe á su hijo del funesto camino que ha emprendido, si aun fuese tiempo de ejecutarlo. Es indispensable que contraiga matrimonio con alguna princesa de Europa, para que en caso de guerra podamos contar con una poderosa aliada. En estos aciagos tiempos, cuando la tea de la discordia arde en los vecinos reinos al par que en el nuestro, la razon de estado ecsije que busquemos una alianza segura y respetable.

Se escuchó el estrepitoso ruido de una numerosa cabalgata y á

poco entrando en el salon un heraldo, con voz fuerte y respetuosa anunció al rey.

Entró S. A. en traje de caza, con el semblante alegre y risueño y dirigiéndose al anciano mayordomo.

—Brillante cacería, le dijo; todo ha convidado á que nuestra expedición haya sido enteramente feliz. El tiempo sobre todo ha sido hermosísimo.

—Señor, respondió el mayordomo con voz respetuosa pero firme, veniamos á consultar con V. A. sobre asuntos del estado, y no sobre la partida de caza.

—Pues bien, contestó el rey inmutado; yo haré que en adelante no volvais á encontrar al cazador en vez del rey de Portugal. Podeis retiraros por ahora.

Hizo tan profunda impresion en el ánimo del rey esta reconvenccion de sus vasallos, que resolvió por último ocuparse del bien estar de su reino. Enterado hacia mucho tiempo de los amores de su hijo, y temiendo que su obstinacion deshiciera el brillante porvenir que de su enlace esperaba, habiéndole manifestado el mayordomo, que se aseguraba habia contraido secretamente matrimonio con doña Inés, que se hallaba por sus órdenes en el monasterio de Santa Clara de Coimbra, se decidió á dar un golpe decisivo, pues no creia que tanta audacia cupiese en su hijo: de todos modos queria prevenir el mal, apoderarse de la persona de doña Inés, y el rey se hallaba resuelto á profanar el santo asilo que habia elegido para su retiro la desgraciada castellana.

CAPITULO X.

Veamos lo que poco antes de la hora de maitines conversaba en el monasterio de santa Clara de Coimbra la abadesa con doña Inés de Castro.

—No se atreverán, hija mia, decia aquella. Los ejércitos victoriosos que talan á sangre y fuego las fértiles campiñas, que de una ciudad rica y populosa hacen un monton de escombros y de ruinas, respetan siempre las moradas consagradas á las vírgenes del Señor.

—Los cobardes nada respetan, murmuró Inés.

—Son temores que vuestras mundanas pasiones os hacen concebir, continuó la abadesa. Tambien cuando era joven, sentí su fuego devorador y viví acariada entre el temor y la esperanza; pero la paz que disfruto hace tantos años con estas tímidas doncellas, ha colmado mi espíritu; por eso no participo de vuestras ecasajeradas zozobras.

—Madre, me habeis consolado, dijo Inés con acento menos triste.

—Sí, hija mia, prosiguió la Abadesa enternecida: todos nuestros temores desaparecen cuando fijamos nuestra voluntad en la del Señor. Él solo penetra los arcanos de nuestro corazon y puede adivinar lo que le conviene.

Escuchóse un ligero rumor en el monasterio.

—¿Quien á estas horas, prosiguió sobresaltada, será el atrevido que profana la santidad de estos lugares?

—El rey, contestó uno de dos embozados que al dintel de la puerta aparecieron, dejándolas consternadas. El rey, prosiguió, para quien nada hay vedado. Dejados solos, señora, dijo á la abadesa y vosotros caballeros, despejad.

—Hace tiempo, dijo el rey, dirigiéndose á Inés con rostro severo, que sois el único obstáculo que se opone á la felicidad de estos reinos.

—En qué he podido ofenderos, señor? contestó Inés trémula de terror.

—En que habeis alentado, continuó el rey, los amores de mi hijo, habéisle hecho perder miserablemente el tiempo, habeis impedido que contraiga matrimonio con alguna poderosa princesa de Europa. ¿No sabíais que don Pedro era el infante de Portugal?

—Yo creia que la hija de un rico-home de Castilla podia oír las palabras de un amor respetuoso, aunque fuese de la boca del mismo rey, replicó Inés, recobrándose de su asombro al ver ultrajada su dignidad de muger, su eualidad de castellana y sus miramientos de señora.

—¡Vive Dios que sois altiva! respondió el rey enfurecido. Un vasallo no debe alzar los ojos hasta la frente de su monarca.

—En Castilla, señor, las hembras nunca humillan su altiva frente; la mia no la humillo, porque no la he mancillado nunca.

—De nada os ha de servir, Inés, vuestro insensato orgullo. Es preciso poner término á ese desgraciado amor.

—Es imposible, señor.

—¡Imposible! ¡Vive Dios! replicó el rey iracundo. ¿No sabéis que tengo el cetro en mis manos y que puedo hacer rodar la cabeza de ese miserable?